

pueblo español todo, sumado espontáneamente a la empresa, no sólo en lo que es voluntariado militar, sino en la iniciativa como empresa y en la aportación económica. La acción ultramarina aunque fué empezada por muchos —por casi todos— con afán de lucro y de provecho personal (¿qué hay en la Historia que no sea así, aunque el provecho sea sólo espiritual?), no fué nunca planeada como empresa colonial económica, al modo que se crearon las sociedades de Indias en el siglo XVIII o las grandes sociedades colonialistas en el siglo XIX. No. Los españoles —lo hemos repetido hasta el hastío— no fueron a Indias como funcionarios de ninguna compañía de explotación, sino como señores que buscaban —al tiempo que la fortuna— la gloria y la aventura.

También se ha dicho, insistentemente, que España celó, con un cerrado exclusivismo monopolista, aquellas tierras a los extranjeros y que, precisamente, este monopolio fué lo que produjo la larga lucha de tres siglos, en la que se empeñaron las naciones europeas, intentando romper la coraza defensiva de España en América.

¿Cómo se coordinan estos dos asertos, con el hecho de que aparezcan, en los comienzos del siglo XVI, unos exploradores alemanes en Venezuela? Se coordinan aplicándoles la lógica explicativa de los hechos históricos aparentemente anómalos. Aplicando las explicaciones basadas en las ideas que rigen los hechos de los hombres, y no en los hechos mismos. Los «extranjeros» —es decir, los no españoles— estaban vedados en las Indias, pero esto no era así si eran los súbditos de la corona de Carlos I, y Carlos era emperador de los alemanes, al tiempo que Rey de España. Hubo, pues, una operación económica (de la que hablamos más adelante) que no impli-

caba pérdida de soberanía, y por ello fué factible que aparecieran los alemanes en Venezuela. Veamos ahora cómo sucedió todo ello.

\* \* \*

Carlos de Gante, como sabido es, era al mismo tiempo nieto de dos poderosas dinastías (y digno *nieto* mejor que *hijo*, porque la importancia residió en los abuelos, que no en los padres de Carlos): la dinastía castellano-aragonesa de los Trastámara —Fernando e Isabel— y la dinastía habsburguesa de Austria, de Maximiliano, elevada al solio imperial. Cuando murieron sus abuelos maternos y su madre —perturbada— fué incapaz de gobernar en España, Carlos fué Rey de Castilla y de Aragón. La sucesión era automática y apenas hubo conflicto. Pero no sucedió lo mismo cuando murió su abuelo Maximiliano, señor patrimonial de tierras en Austria, pero Emperador de Alemania por elección de los grandes soberanos alemanes. Que un descendiente de Maximiliano fuera también Emperador, no era una cuestión automática.

Carlos, que había heredado los Estados de sus abuelos maternos, quería también heredar los paternos, no sólo los patrimoniales, sino también los imperiales. Para ello se lanzó a una campaña electoral intensísima, que al ser hecha entre grandes soberanos era tremendamente cara. Conseguir fondos para esta campaña no era empresa fácil de no haber coincidido su intento con el comienzo del desarrollo capitalista bancario centroeuropeo. Fueron las bancas de los Fugger y de los Welzer las que adelantaron los dineros para la magna gestión electoral de Carlos. ¿Cómo devolverles luego las crecidas sumas que le habían entregado? La solución fué cederles, para su explotación, una parte de las tie-